

DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

FANNY BUITRAGO

5

FANNY BUITRAGO
CUENTOS



Buitrago, Fanny, 1946-

Fanny Buitrago: cuentos / Fanny Buitrago. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2017.

294 p.; 21 cm. -- (Debajo de las estrellas)

ISBN 978-958-720-455-1

1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie.

C863 cd 23 ed.

B932

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Fanny Buitrago

Cuentos

Colección Debajo de las estrellas

a cargo de Juan Diego Mejía

Primera edición: septiembre de 2017

© Fanny Buitrago

© Panamericana Editorial, por los cuentos: "El mongo-mongo", "El rompeolas", "Mar insomne", "Ritual de las mareas" y "Señor capitán de puerto".

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-455-1

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Siesta*, (Detalle), Andrey Remnev, 1962 (Yachroma, Rusia).

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Editado en Medellín, Colombia

A la memoria de Luis Buitrago Riveros y Emma González Palma

CONTENIDO

New York, New York	9
Ser del arcángel.....	27
La leyenda del pañamán	41
Sirena del Caribe.....	45
Mar insomne	67
Ritual de las mareas	83
La pareja perfecta	99
De luto en luto	111
Tuétano, hueso y niebla.....	121
El mongo-mongo.....	139

Narración de un soñador de tesoros.....	149
El rompeolas.....	153
Páginas virtuales.....	173
Señor capitán de puerto.....	191
Danzan los caballos.....	203
Pasajeros de la noche.....	221
Los fusilados de ayer.....	229
Fuegos fatuos.....	255
Rojo constante.....	263
Las luces de nuestro cantar.....	269

NEW YORK, NEW YORK

A Jorge Plata y Letty Buitrago, a las puertas del Teatro Libre

A pesar de ser considerada una ciudad de alto riesgo y no el lugar de su nacimiento, Lorenzo Andrade amaba a Bogotá como si se tratara de una mujer voluble y caprichosa a quien, sin embargo, se le tienen todas las consideraciones. Bogotá. D. C. En donde vivían sus mejores amigos y nunca se consideraba un extraño, donde podía moverse con tranquilidad, entre el alboroto y la multitud de la carrera séptima, pasear como uno más en los parques y centros comerciales, tomarles el pulso a los ámbitos de la elegancia, el horror o los estragos de la lluvia.

—Quiero estudiar en Bogotá, les había dicho a sus padres tiempo atrás, ante el asombro de sus hermanos que insistían en universidades como Salamanca, Harvard, Wageningen, Iowa.

Quería a Bogotá y a Bogotá, la ciudad de lo impensable, de la lluvia y de los árboles, ir a estudiar teatro, lo cual había escandalizado a toda la familia. ¿Teatro? ¿A ti qué te pasa, muchacho? Su anuncio había condensado el horror y con mayúsculas, a nadie se le ocurría que actuar era una

verdadera profesión. Ciertamente que la modernidad y una época de redes sociales lo aguanta todo y ahora los ilusos tenían que obtener un grado hasta para barrer. Su mamá, Liliana Falcón, que tocaba el piano como una virtuosa y cuidaba su fama de beldad, había llorado durante una semana. Había insistido e insistía, ¿por qué no estudiaba Diplomacia, o Relaciones Públicas? Una madrugada lo despertó a los gritos, era hora de consultar al espejo. ¿Quién se creía?... flaco, langaruto, sin mayores atractivos, como un fideo agigantado. Era hijo suyo porque lo había dado a luz, aunque ni de lejos se le parecía; en su matrimonio ella era la mujer y la esposa, de lo contrario estaría tentada a consentir cuernos...

—De lo contrario, mi papá te iba a matar y a comer del muerto.

Liliana Falcón lloraba, gritaba, volvía a llorar. Las épocas de estudiar arte en Europa o Estados Unidos y lavar platos y pelar papas durante los veranos para sobrevivir eran cosa del pasado, y nadie sabía ni cómo ni cuándo Lorenzo había obtenido una media beca del Ministerio de Cultura, como de mil dólares, al cambio oficial, y el apoyo del poderoso tío don Mario Andrade quien, en principio, era el enemigo número uno de la actuación y sufría de ataques de cólera cuando le nombraban el arte de Shakespeare.

Durante su primer año de estudios, superada la audición y aceptado en la Escuela del Teatro Libre, gracias a su tía abuela materna y madrina de bautizo había alquilado una habitación con baño independiente y derecho a televisión por cable e Internet, en un edificio en el Bosque Izquierdo. En su casa, como la llamaba, tenía garajes y portería, una

recepción con mostrador de mármol y sofás de cuero, un casillero propio, y la ventaja de vivir a una distancia razonable de la escuela. Si se levantaba temprano ahorra-ba lo del bus, podía ir caminando a clases. El apartamento estaba desocupado, y pertenecía a un nieto de su madrina, casado con italiana, que trabajaba en Roma como arquitecto y que temía alquilar... hay gente muy descuidada y hasta sucia, ¿qué tal que luego no pudiese librarse de los inquilinos? El contrato-acuerdo estaba firmado por él y por el mismo don Mario, prohibía las fiestas y las visitas, e imponía a Lorenzo el pago de servicios públicos y una mujer que realizaba al mes una limpieza a fondo. Cuando el dueño y la familia visitaran Bogotá, se le pedía echar lla-ve a la habitación y trasladarse a un hotel o a una pensión durante el tiempo de su permanencia.

¿Cómo había obtenido la posibilidad de estudiar actua-ción en Nueva York, nada menos que en Bard College? Ni el mismo Lorenzo se lo creía.

Todo había comenzado a causa del jardín interior del edificio, en donde estudiaba los domingos en las mañanas cuando todos dormían y escuchaba el piar de los copetones entre las ramas de cerezos y durazneros, o que recorría al atardecer.

Con excepción de unas cuatro o cinco niñeras dedica-das a pasear bebés en sus cochecitos, multiplicar risitas y codazos a su paso, los habitantes del edificio estaban de-masiado ocupados para interesarse en los jardines, sentarse bajo los árboles o contemplar las flores y la hierba. A veces se encontraba a uno de sus vecinos, el dueño del último piso, que vivía con su familia en Nueva York, y residía en Bogotá

durante la temporada de invierno. Una o dos veces hablaron por hablar, sobre el clima, la lluvia que durante semanas cae sin cesar sobre Bogotá o el azote del verano bajo el sol inclemente y la amenaza de los incendios. El teatro o el cine no le entusiasaban en particular, no tocaron los temas; una o dos veces al año asistía a un musical de Broadway. En cambio, estaba suscrito a una serie de publicaciones y bien informado, *New York Times*, *Le Monde*, *Semana*, *Square*, *Soho*, *Dinero*, sabía en dónde invertir y a dónde ir. Así, cuando se encontraron en un Oma de la quince, tomaron asiento y café en la misma mesa. El hombre, con una sonrisa paternal de dientes perfectos, dijo llamarse Salvador Oviedo y que le encantaría tenerlo en su apartamento, que conociera al resto de la familia.

—Los negocios no me permiten moverme por ahora de Bogotá. Mi mujer y las hijas me acompañan. Estarían encantados de conocerlo. Nada menos que un pichón de actor. ¡Ni se lo imaginan!

—Será un placer.

—Mi casa es su casa.

La historia de la invitación inquietaría a Honorata, su prima segunda y mejor amiga, la esposa de Basilio Linares, un sombrío novelista que firmaba con seudónimo, en aquella época separada del marido.

—¿Dijiste que sí enseguida? ¿Cómo se te ocurre? Tenías que esperar. Lidiar con gente nueva es un encarte. El hombre, pase ¿la mujer y las hijas? Seguro que son unos levantados, están a la caza de amistades, agendas y correos electrónicos, futuros maridos.

—Es mi vecino. No me gustaría desairarlo y conmigo se montan en un peladero.

—Si te sientas a su mesa estarás obligado a corresponder, y esa familia no encaja contigo y menos con nosotros.

—De mí nadie espera nada, puede que la invitación sea de esas: “Déjate ver para atenderte” y nunca se concrete.

Una tarde en los garajes del edificio, mientras batallaba con su viejo Monza comprado de segunda, encontró a Salvador Oviedo que acababa de estacionar su poderoso automóvil. Lo acompañaban las hijas, que no parecían ni sus prójimas, con aspecto de chicas-portadas-de-revista, abrigadas para una racha de frío bogotano, de tacones altísimos y cuidadas melenas, rostros nacarados y dientes perfectos, una de ojos marrones y la otra azules claros. Rubia y morena, que no disimulaban la admiración y afecto por su padre.

—¿Qué le pasa a su nave?

—Creo que se le ha descargado la batería.

—No hay cuidado —dijo Oviedo— voy a pedir un mecánico a mi taller. Me otorgan trato preferencial, ser uno de los socios tiene sus ventajas.

Lorenzo no tuvo manera de rechazar el favor, Oviedo hablaba por celular y una de las hijas solicitaba a la portería que le enviaran el ascensor de carga y un carrito de mercado.

En unas dos horas el Monza estaba a su disposición, a punto la batería y el número de la cuenta bancaria en donde debía consignar el importe del favor. Una buena medida como límite al agradecimiento.

—¿Salvador Oviedo no te ha invitado a cenar? —le preguntaría Honorata una noche, en una de esas reuniones multitudinarias y ruidosas en casa de Gaspar Trujillo.

—Ni siquiera me ha presentado a las hijas.

—Mejor así, y es preferible que le saques el quite. Ese viejo se me hace demasiado obsequioso, como si midiera cada palabra y movimiento.

—Solo es un hombre acaudalado, pero sencillo. Un comerciante.

—No sé, demasiada sencillez con tanto dinero es sospechosa. No se vive normalmente en un piso de ocho o diez habitaciones y cuatro salas en Bogotá. No en el Bosque Izquierdo.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay que ser el mago Merlín para deducirlo, el hombre y las hijas ocupan el piso completo y en ese espacio caben por lo menos tres apartamentos.

La reunión comenzó a moverse, y los chistes circulaban a su costa: tenía que avisparse y hacer la lucha, renovar el material femenino, el comino y la pimienta y la inseguridad dan buena sazón. Así se cumpliría uno de los dichos de su madrina, “si la carne no está en el garabato no es por falta de gato”, quien no tenía ningún empacho en prevenirlo, arrastrar por el suelo las intenciones y las reputaciones. La edad y la experiencia le daban todos los derechos, regañar de más si era el caso, equivocarse, tener la razón o meter la pata.

—La relación con esa muchacha no te conviene, mijo. Ella tiene otras perspectivas, ni siquiera se ha divorciado del marido. ¿Se acuesta contigo?

—Es mi prima y casi que crecimos juntos. Estamos fuera de toda sospecha.

No. No iba a la cama con él, y tampoco le ofrecía tales perspectivas. Le otorgaba alegría, movimiento a su vida y

comodidad al apartamento, ayudándole a comprar toallas y sábanas, limpiones de cocina, indicándole productos de limpieza a buenos precios. Pero, cuando trataba de concretar, formalizar la relación, se encontraba con un rechazo, con un golpe a la cabeza y al ego.

—Soy tu amiga, y me gusta estar y hablar contigo, pero tengo mis obligaciones con Linares, le dije que sí, me casé con él, prometí estar a su lado hasta que la muerte nos separe.

—¿Qué pasa conmigo?

—Me gusta tu risa, y tu cara, tu olor. No sé si me agrada hacer el amor contigo, no estoy segura, no sé, tengo compromisos con mi familia. Lo de estar separados Linares y yo es como un accidente para él, que tiene arreglo. Ha dicho que nunca, nunca va a darme el divorcio.

—Hay que intentarlo. De lo contrario terminarás de solterona.

—¿Y qué?

A Salvador Oviedo se lo encontraría en una de las reuniones de copropietarios del edificio y Lorenzo tenía autorización para asistir a nombre del dueño. En esa oportunidad, formalizaría la invitación a su apartamento, si no era molestia un sábado en la tarde, con hora y fecha concretas.

—Encantado.

—Lo esperamos con su amiga.

—Gracias, será un placer.

Honorata, incapaz de disimular su fastidio, aunque no quería que los señalaran como pareja, tampoco pudo sofocar su curiosidad. Quería estar al tanto, comprobar si el

apartamento de la familia Oviedo era un inmenso galpón glorificado, un adefesio de nuevos ricos o una vitrina de la modernidad.

—Fuiste atrapado en buena lid. Nos toca aceptar una invitación de té con hijas, paté y galletitas.

—Te equivocas, son chocolate y tamales. El hombre es un patriarca a lo santafereño.

Puntuales, cinco de la tarde, tuvieron que identificarse en portería y tomar un ascensor directo a lo que los arquitectos llamaban *penthouse*, el piso que triplicaba los precios por metro cuadrado en los nuevos edificios. Entraron a un pasillo alfombrado con espejos, dos sillas a lado y lado de una mesa esquinera vidriada, un jarrón de cerámica con rosas anaranjadas, un teléfono blanco. Luego otro pasillo de iguales características, pero con alfombras árabes de tejido exquisito y que comunicaba con un salón-bar-comedor, en donde Salvador Oviedo los esperaba en compañía de las hijas.

—¿Vino, un jerez? —ofrecía la chica más joven, que vestía un saco de angora rosa gris que disimulaba senos enormes, con pantalones negros estrechos y botas de altísimos tacones.

—¿O prefieren un *whisky*? —la secundó la otra, copia de su voluptuosa hermana con un saco rojo punzó, una falda estrecha a las rodillas, medias negras y botines de tacones gruesos.

Lorenzo aceptaría un *whisky*, Honorata una copa de jerez que apenas acercaría a sus labios. La cercanía de las otras dos muchachas le restaba fuerza y otorgaba a su rostro un aura distinta, medio infantil, sus ínfulas de exmodelo opacadas por los maquillajes, vestimentas y melenas que

extremaban la perfección. En el ambiente flotaba un aroma a pan fresco, tamales, chocolate espumoso.

A la media hora, con la mirada en un diminuto y brillante reloj de pulsera y la mano en una campanilla, la hija mayor les indicaría una mesa redonda con mantel y servilletas blancos junto a los ventanales, en los quicios macetas con begonias rojo fuego y recortados bonsáis. Al fondo sonaba música de Vivaldi. Oviedo relucía de satisfacción y un desbordante orgullo que Lorenzo sentía cercano a la insolencia.

—Buenas tardes —un camarero adolescente y bellísimo, de rasgos achinados, colocaría frente a ellos los platos con suavidad y rapidez, los tamales con las hojas recortadas, antes de retirarse a un extremo del bar-comedor en penumbra.

En el centro de la mesa había cuencos de cristal con salsas de maní, ají dulce y ají picante, quesos campesino, emmenthal y gruyere, panes, colaciones. Los cubiertos eran de plata y la vajilla de cerámica. Todo en su punto, desde la sonrisa del anfitrión, con un saco azul sin solapas, pantalones rojos y camisa de seda blanca, lentes de aro, quien al dirigirse a las hijas deslizaba palabras como tesoro, linda, amor, princesa, e instaba a todos a repetir, a probar las achiras, polvorones, galletas y pan de bonos. Su cortesía, en lugar de avivar la reunión y la armonía tenía como un dejo viscoso, eso sentía Lorenzo, como si sus palabras humedecieran y polinizaran el aire saturándolo de urgencias retorcidas, reclamos equívocos. El aire, ionizado, tenía un leve sabor a perfume y desinfectantes, a intenciones respetables, pero sobre los almohadones y tapices se adivinaba un olor a semen, sudor, vaginas, orgasmos clamorosos.

—Necesito con urgencia una encamada —se dijo Lorenzo.

Hablaron de cine y de la nueva temporada de teatro, nada personal. Cuando retornaron a la zona del bar, la hija menor añadió vodka al ofrecimiento anterior de vino, jerez y *whisky*, que Lorenzo se apresuraría a rechazar. Tenía un ensayo, imposible faltar. Si no les molestaba quería fumar. No, no, no había problema. El joven camarero salió de la penumbra y encendió las luces que se extendieron en oleadas sedantes. Había dos ceniceros de cristal de roca en la mesa que tenía al frente. Caía la tarde.

Lorenzo advirtió que bajo las luces el bar-comedor-sala tomaba una perspectiva distinta, los sofás y sillones forrados en gris perla realizaban las obras de arte: un Soto, un Botero, un Góngora, quizá genuinos. Así que la decoración era consecuencia de un detenido estudio alrededor de la simplicidad y la belleza. Nada allí obedecía a la casualidad, al obsequio espontáneo, se notaba el sello de galerías y exclusivas subastas. En contraste con las joyas de las hijas, ambas con gargantillas de oro, el rostro de Honorata y los suaves ojos castaños desaparecían opacados por el sepia de la camisa, la chaqueta y los *jeans*, semejaba una colegiala fea extraviada en la calle y bares de la zona T. Los Oviedo no disimulaban la satisfacción que sentían al deslumbrarlos y agasajarlos.

Mientras encendía el cigarrillo a Lorenzo le asaltó la sensación de encontrarse en un escenario, no sobre el tablado sino en lo alto de un andamio. Honorata admiraba una delicada lámpara de baccarat entorchada en delicadas volutas y que irradiaba luz de criatura marina.

—Es una preciosidad. He visto una del mismo diseñador el año pasado, aunque no recuerdo en dónde —dijo con reprimida admiración.

—Mamá hace las compras y sabe de gangas —la hija mayor movió los hombros con un leve desdén, como si no le diera importancia a ningún objeto de la casa.

—¿Otro *whisky*...? —preguntaba Salvador Oviedo.

Un calambre azotaría el brazo izquierdo de Lorenzo y el sudor comenzó a humedecerle las axilas. De pronto, tenía prisa.

—Me encantaría, pero, ya saben, tengo ensayo y estoy retrasado —dijo con suavidad, como si en realidad lo invadiera el desencanto.

—¡Qué lástima! Ha sido un placer. Que no sea ni la primera ni la última vez —sobre una mesita auxiliar comenzó a vibrar un teléfono celular, que Oviedo respondió sin apresurarse.

Mientras Oviedo hablaba a monosílabos bajo la mirada atenta de las hijas, el camarero esperaba junto a la puerta. El cutis blanco y diáfano había adquirido un aire espectral. Mientras ayudaba a Honorata con el abrigo, sin mover casi los labios, musitaría junto a la mejilla de Lorenzo un "*please, please, help me, auxilio*" y se las ingeniaría para enseñarle un tatuaje de líneas entrelazadas en una flor de lis, sobre la muñeca izquierda.

Al terminar la conversación Salvador Oviedo los despediría sonriente y en el pasillo, aunque parecía haber perdido el interés por ellos. El camarero se había retirado y las hijas no se movieron. Honorata dijo que tal vez, tal vez se había divertido, tal vez, pero que nunca y ¡escucha

bien lo que te digo!, nunca más, quiero saber nada de la familia Oviedo.

—Unos lobos de miedo, con mucho dinero y muchas ínfulas. Las hijas acaban de salir de una academia de glamur y se sienten actrices. El padre con tantos tesoros y amor y princesas no me convence.

—No exageres, son emergentes y eso es todo... – no quería asustarla, ni contarle del pedido de auxilio del camarero.

—¡Qué miedo! Ser demasiado rico y demostrarlo es de pésimo gusto, mejor les cortamos el avance. En todo caso, si devuelves la invitación que sea a un cóctel multitudinario, luego abur, chao, de lejos lejos.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué más?

—Tuve una extraña sensación. Me da pena, no me gusta ser alarmista, es fastidioso. Pero ahí te va: me sentí desnuda, como pegajosa, pensé que ese tal Oviedo acostumbra a eyacular en los manteles y a limpiarse con las servilletas. Esa lámpara cuesta unos trescientos mil dólares, vi una en una subasta de Christie's el año antepasado.

—¿Tu que hacías en Christie's?

—Era la modelo del año, y me di maña para conocer todo lo que pude en Londres y en París.

A los ocho días Lorenzo condujo hasta un centro comercial del sur, en donde escaseaban las oportunidades de encontrar a alguien conocido. Consiguió un teléfono celular desechable e hizo una recarga de cien minutos. Estaba asustado, o había visto demasiadas películas de suspenso. Las líneas telefónicas de su edificio podían estar intervenidas. Imposible confiar en su celular o la Internet.

—Soy yo, papá

Lorenzo padre, que había abandonado la carrera diplomática después de haber sido destinado a sitios como Argel y Bagdad, en donde asomarse a una ventana significaba peligro de bala en la cabeza, tuvo la delicadeza de escucharlo sin interrupciones. Sin embargo, no le permitiría la posibilidad de echar en saco roto la invitación de Salvador Oviedo.

—Es mejor fingir ignorancia, continuar como si tal. Tú no sabes nada, ni se te ocurre nada. Yo me encargo.

Aunque en apariencia en el marco donde se movía la familia Oviedo todo estaba en su lugar, el pedido de auxilio del camarero la situaba fuera de lugar. El valor de la lámpara era lo de menos, podía ser una imitación, lo mismo que las alfombras árabes. Eso sí, insistía en que no le comentara nada a nadie, ni tratara el tema con Honorata

—Calma, hijo. No queda otra opción que exponerle el asunto a tu padrino Eliécer, prefiero asegurarme y evitar problemas. Eliécer tiene los mejores contactos y sabe lo que hay que hacer.

—Quizá es gente adinerada y nada más.

—Eso espero, hijo.

Lorenzo padre, que no le decía hijo o mijo a menos que estuviese preocupado o enfermo, tomaba precauciones extremas al consultar a Eliécer Quintana, su primo segundo y general retirado, propietario de una agencia de vigilancia, que tenía conexiones con importantes organismos de seguridad, tanto en Colombia como en el extranjero. Lorenzo no había querido ignorar la petición del camarero aunque detestaba la idea de ser tomado por tremendista.

—Tranquilo, tranquilo hijo. Todo se arregla a su debido tiempo.

Después de mes y medio, cuando salía de clases un viernes al atardecer, dos hombres de chaquetas azules cerradas al cuello, pantalones y zapatos negros, estaban esperándolo a la salida del teatro.

—El jefe quiere hablar con usted.

El hombre estaba sentado en una tienda de esquina, en la calle doce con quinta. Tomaba café negro a sorbitos, los ojos fijos en los nudos de automóviles y la carrera quinta, farragosa y estrecha, atestada de gente. La ausencia del uniforme hizo que se le atorara el “Buenas tardes, padrino”.

—Te tuve colgado en mis rodillas y ahora eres más alto que yo —dijo Eliécer Quintana con una voz que intentaba ser complaciente—. ¿Qué quieres tomar?

Lorenzo pidió también café, aunque durante el día había tomado más de la cuenta. Al tomar asiento la nuca le pesaba. No era el caso preguntar qué pasa, qué hice o qué tengo que hacer. Con hombres como Eliécer Quintana nunca se podía llevar la delantera.

—¡Tienes un ojo certero, muchacho! Mereces lo que mereces.

Se le humedecieron las manos, sus oídos zumbaban, mientras escuchaba la voz carrasposa de Quintana referirse a Salvador Oviedo, a quien consideraba hombre temible. Cabeza de negocios relacionados con drogas, armas, lavado de dinero, pornografía y esclavitud, era un verdadero intocable. Jamás había sido detenido por las autoridades de los Estados Unidos, ni por los estamentos colombianos de seguridad. Escudado en una interminable cadena

de intermediarios eludía aquellos movimientos visibles que significaban negociar, comprar, vender, trasladar ominosas mercancías, dar órdenes cara a cara. En Nueva York se le consideraba un ciudadano ejemplar que, según los informes obtenidos, vivía en pleno Manhattan cuidado por mandos medios de la Policía. En Colombia, sus empresas no despertaban sospechas.

—Un sujeto de cuidado, con la vida en regla, las hijas adoptivas son sus amantes. Que no da puntada sin dedal.

—¿Tiene esposa? ¿Ella qué dice? —preguntó atónito Lorenzo.

—La mujer actual es la número cuatro y no vive desde hace un año con él, tampoco se atreve a presentar una demanda de divorcio. Tiene que esperar a que el hombre se aburra y la cambie por otra. Oviedo ha sido espléndido con sus exmujeres. Pero la única que se atrevió a abandonarlo murió en un accidente de tránsito.

—¿En todo esto, como voy yo?

—Simple, te mudas enseguida así sea a un hotel. Aunque mejor a casa de amigos, mientras haces el papeleo y las maletas. Inventa cualquier pretexto en el edificio, un daño en los conductos de agua, una fuga de gas, un bloqueo en los interruptores de la luz.

—¿Es tan grave el asunto?

—Tienes que salir del país enseguida, ¡y felicitaciones! Ahora puedes estudiar en Nueva York, Madrid, en París o en Moscú, donde se te antoje.

No había salida, tenía que abandonar la escuela, a los amigos, a Honorata, ese ritmo lúdico y de trabajo fuerte que marcaba su vida en Bogotá.

—¿Qué pasa con el muchacho que atiende la mesa de Oviedo? Me ha pedido auxilio, mostrado el tatuaje de una flor de lis en el brazo.

—La nueva esclavitud es difícil de probar, se hace por medio de contratos.

—Insisto en que lo ayuden.

—Está bien, como tú quieras, pero debes tener mucho cuidado. La gente como Oviedo lo envenena todo alrededor.

—¿Puedo despedirme de mis viejos, de mis amigos, hacer una fiesta?

—Sí, vete de viaje a Cartagena a visitar a mi compadre y a mi comadre, me los saludas. De fiestas ni hablar, nada de hacer bulla. Yo debo retirarme, tengo otro compromiso —Eliécer Quintana consultaba su celular, hizo una seña a los escoltas, que tomaban agua en una mesa distante.

Al quedarse solo, Lorenzo pidió un tintero de aguardiente, una Coca-Cola y una pizza. Tenía un hambre feroz y se comería primero los bordes dorados de los triángulos de masa, el queso y el tomate y la albahaca que guardaron el calor en cada bocado. Mientras secaba sus manos húmedas con un pañuelo desechable, una potente avalancha de ideas y planes inundaría su alma y su cerebro. Iba a abandonar su amada escuela, a sus amigos, la amistad de Honorata. En la pantalla del celular deslizaría los dedos a Contactos. Ni su mamá, ni su madrina, ni Honorata respondían; en los tres casos las voces de computadora indicaban “Buzón de mensajes. Grabe su mensaje después del tono”.

—¡Voy a estudiar en Nueva York! —les dijo a todos los presentes, ufano y pleno de alegría, al dirigirse a la puerta de salida.

—¡La cuenta! ¡La cuenta! Esos vergajos no pagaron la cuenta ¿A mí quien me responde? — reclamaba indignado el cajero mientras marcaba el número de la Policía.

(Inédito)